

LA DIFÍCIL "POLÍTICA DE MOVIMIENTO"

Con la "política de movimiento", que tiene sus comienzos en la República Federal de Alemania hacia el final de la dilatada y fecunda "era de Adenauer", acaso sea posible llegar a la preparación y construcción de los puentes que ha venido pidiendo el presidente de los Estados Unidos para facilitar y estimular las comunicaciones entre dos grandes porciones del mundo separadas por la "guerra fría", pero, ¿será posible también llegar con ella a la reunificación?

En apariencia al menos, una cosa está en contradicción con la otra. De hecho, esa "política de movimiento" quiere decir, aun en el caso de no haberse pensado en ello, separación, alejamiento gradual de las posiciones más conspicuas que la nación había mantenido a lo largo de la postguerra: "doctrina de Hallstein", de no reconocimiento o ruptura automática de relaciones diplomáticas con los Estados no comunistas que estableciesen relaciones diplomáticas con el Gobierno de Pankow, la barriada del Berlín Oriental, que ha sido convertida en capital de un régimen amparado y sostenido por la Unión Soviética; provisionalidad de las fronteras del Oder-Neisse y, por consiguiente, de la situación en que se encuentran los "territorios perdidos", que abarcan no sólo la Prusia Oriental, sino una porción considerable de tierras consideradas ya como parte integrante absolutamente de la patria alemana, por la Pomerania y la Silesia, y perpetuación de ese estado de cosas cuya característica dominante es la permanencia de una gran fuerza armada norteamericana en suelo de la Alemania Occidental, siempre dispuesta, al menos en teoría, para entrar en acción con todo el peso de una potencia, que su propio comandante llegó a calificar como realmente abrumadora. Una de las características más llamativas, más impresionantes de estos tiempos, es la imposibilidad absoluta ya de establecer comparaciones entre lo de hoy y lo de ayer, todavía una de las maneras

más satisfactorias de explicar una situación determinada en forma que resulte fácilmente comprensible. Se ha querido decir que este VII Ejército norteamericano estacionado en la Alemania Occidental—otra de las novedades de estos tiempos, como la VI Flota, que se halla estacionada de una manera permanente, y por ahora definitiva, en el Mediterráneo, y como la VII Flota se halla estacionada en el Pacífico—es tan poderoso por sí solo como lo que haya podido ser en el pasado no un ejército cualquiera, sino los ejércitos de la potencia más desarrollada y hasta, es más, los ejércitos de todas las potencias del mundo. Con la entrada en la era atómica se han introducido factores radicalmente nuevos, y no existe, por lo tanto, la menor posibilidad ya de establecer relaciones o comparaciones que tengan alguna significación real.

La presencia de esa potencia militar abrumadora no sirve ya una finalidad militar que se pueda identificar con facilidad y, al mismo tiempo, explicar en forma satisfactoria. Sobre todo a partir del momento en que han ocurrido acontecimientos como la confrontación nuclear sobre Cuba de hace casi dos años, la instalación de ese “hilo rojo” que permite la comunicación directa e instantánea entre la Casa Blanca y el Kremlin, el Tratado de Moscú, para la prohibición parcial de las pruebas nucleares (ratificado, es curioso advertirlo, por casi todas las potencias del mundo, de un lado y del otro de lo que en un tiempo se identificó con facilidad como el escenario de la “guerra fría”, con la llamativa excepción de China, de Francia y, hasta hace poco todavía, de la propia Alemania Occidental, que aún se puede considerar como uno de los países más fuertemente integrados en la política exterior de los Estados Unidos).

Y también de acontecimientos sin duda extraordinarios, pero de mucho menos relieve internacional que estos otros, como la negociación del primer tratado bilateral y directo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, ahora sometido a la consideración del Senado, para su ratificación, para la apertura de consulados de una nación en territorio de la otra; como la visita reciente a los Estados Unidos de una delegación gubernamental rumana, encabezada por el viceprimer ministro Gheorghe Gaston Marin, aparentemente en contra de los deseos de la Unión Soviética (unas semanas después llegó a París una delegación rumana aún más importante, encabezada por el jefe del Gobierno, Ion Gheorghe Maurer, y en estos últimos tiempos se ha podido tropezar, en una ocasión u otra, con delegaciones rumanas y de otros países de régimen comunista de la Europa Oriental casi en cual-

quier capital del Occidente, o como esa visita hecha por el *Attorney General* norteamericano, Robert F. Kennedy, a Berlín, para recordar y conmemorar dignamente una visita hecha un año antes por su hermano, el asesinado presidente, para hacer pública protesta de admiración y simpatía hacia la ciudad aislada y dividida y sus habitantes, hasta el punto de considerarse él mismo como un berlinés, y para continuar, un poco más tarde y desde Bonn, viaje hacia Varsovia.

Seguramente aquello debería ser considerado como muy significativo también, como algo más significativo que la expresión de solidaridad de las tres potencias occidentales—los Estados Unidos, Inglaterra y Francia—, concebida en forma de nota conjunta enviada al Gobierno de Bonn unos días después de la firma en Moscú de un tratado de amistad, colaboración y ayuda mutua entre la Unión Soviética y la Alemania Oriental, firmado por Nikita S. Jruschev y Walter Ulbricht, que puede significar mucho o no significar nada, pero que para el Gobierno de Bonn es un motivo de mucha incomodidad. Porque esa expresión de solidaridad es muy desvaída y llegó con un retraso que apunta, por lo menos, a las dificultades con que tropieza para la definición y el sostenimiento de una política occidental firme, no menos que uniforme, en apoyo de la República Federal de Alemania.

Acaso sea digna de llamar la atención esa tendencia a una mayor firmeza, claridad y, en definitiva, lógica también en la posición de Francia, considerada por los Estados Unidos como el eslabón más débil y más inseguro de la cadena construida en los días de la “guerra fría” con el propósito de mantener confinado al mundo soviético y, de esta manera, crear una sensación fuerte de seguridad y confianza por el lado occidental. Se expresó en forma inconfundible en los días de la “crisis”—una de tantas, como se han producido ya a lo largo de la postguerra—de Berlín que desembocó en la construcción del “muro de la vergüenza”, que parte físicamente en dos a la antigua capital de Alemania, y volvió a hacerlo en los días de la confrontación nuclear sobre Cuba.

Con razón se podía insistir en que, para lo fundamental, se podría siempre tener la seguridad de encontrar a Francia, cualesquiera que fuesen sus diferencias con los Estados Unidos, o quizá con Inglaterra, dispuesta a defender y sostener las posiciones occidentales. Pero a la hora de encontrar defectos, motivos de censura y hasta de recriminación en la conducta seguida por Francia, a cuya cuenta se carga exclusivamente la responsabilidad por el estado de abandono, *désuétude*, casi hasta desintegración ya, en que se

encuentra la Organización del Tratado del Atlántico Norte—O. T. A. N.—; ¿no dicen nada presiones como las que Washington ha venido ejerciendo sobre Bonn, en el sentido de iniciar en serio una política de acercamiento decidido hacia los países comunistas de Europa, hasta la insinuación incluso de que sería conveniente negociar con el Gobierno de la Alemania Oriental en forma que hiciese pensar en un reconocimiento, aunque sólo fuese *de facto*, para empezar? ¿Es que no dice nada esa carta reciente del secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, al ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania Occidental, doctor Gerhard Schroeder, pidiéndole comprensión y concesiones hacia Yugoslavia, uno de los pocos países contra los cuales tuvo aplicación la “doctrina de Hallstein”, al reconocer Belgrado, en los países en que se restablecían unas relaciones más normales con Moscú, al régimen de Pankow?

¿Y es que no tiene otro sentido que el puramente personal, particular, el viaje que hizo a Polonia ese *Attorney General* (ministro de Justicia) norteamericano, directamente desde la Alemania Occidental que todavía, a pesar de los muchos, inmensos esfuerzos que se han hecho, de una y otra parte, no han encontrado la ocasión ni el momento de establecer relaciones diplomáticas directas entre Bonn y Varsovia? Se trataba de algo más que un viaje de placer del que podían disfrutar su esposa y algunos de sus muchos hijos, no sólo porque el señor Kennedy es una de las primeras figuras del Gobierno de los Estados Unidos, que ha venido haciendo grandes esfuerzos por mantener relaciones inmejorables con Polonia, el país que, además de estar gobernado por el Partido comunista, ha incorporado a sus dominios nacionales grandes extensiones de tierras hasta poco antes de soberanía alemana, que le ha prestado una ayuda cuantiosa, ofrecida en condiciones y circunstancias muy especiales, sino porque el señor Kennedy es católico, la religión de la inmensa mayoría de la población polaca, y porque, hecho pequeño, pero quizá no del todo sin valor, ha podido establecer a través de su hermano—el asesinado presidente—algunas relaciones especiales con una de las familias más conocidas y de mayor abolengo en la vida de la Polonia moderna, incluso de la actual, la de los príncipes de Radziwill, uno de los cuales ocupa un puesto en el Gobierno de Polonia y otro está casado con una hermana de la viuda del que fué presidente Kennedy, quien acompañó, desde luego, a su cuñado en esta visita un tanto extraordinaria, sobre todo por el momento y la forma en que se hizo.

Si la política de la Alemania Occidental ha dejado atrás definitivamente-

la fase del “inmovilismo” en que tendía, fatalmente, a caer como consecuencia del carácter, tan preponderante, que adquiriría la decisión de mantener y fortalecer unas posiciones cuyo origen coincide con el comienzo y desarrollo de la “guerra fría”, para entrar de lleno en la fase del “movimiento”, ¿qué convendría más en estos momentos, seguir a los Estados Unidos, cuyo presidente insiste en la necesidad de construir puentes entre las partes occidental y oriental de Europa, a tiempo que trabaja activamente en la tarea de crear un ambiente popular a la comunidad atlántica, con la gran esperanza de distraer la atención de la Comunidad Económica Europea y de fortalecer las posiciones hegemónicas en que se encontraron, a veces para gran sorpresa suya, a la terminación de la segunda guerra mundial? ¿O continuar y desarrollar la política de aproximación creciente, de integración al fin, con Francia y, en definitiva, con la C. E. E., y acaso también con otras grandes porciones del continente europeo, que empezó a esbozar con mucha claridad en los años finales de la “era de Adenauer”, en colaboración cordial y creciente con el general Charles De Gaulle y la V República? ¿O buscar líneas propias de desarrollo, mirando hacia el Este no menos que hacia otros puntos del compás y sin perder nunca de vista la importancia que tiene el ser una gran potencia, eso que ya es la República Federal de Alemania, a pesar de todo lo que ha pasado como consecuencia de una guerra que terminó en la rendición incondicional y, peor todavía, en una ocupación militar total y absoluta, en la partición del país en zonas de ocupación y de influencia, de lo cual quedan todavía testimonios inconfundibles?

* * *

Por ninguna de esas tres grandes direcciones sería posible marchar con la entera exclusión de todo lo demás. Pero sí se podría, al menos en hipótesis, conceder una mayor importancia, quizá hasta una importancia de inconfundible preferencia, a una cualquiera de ellas, con la consecuencia, por lo menos, de dar unas características más definidas a la política de una gran potencia que llegó a ser acusada de “inmovilismo” en los días en que la presión política acabó haciendo inevitable un cambio como el que significó la creación, por vez primera en la historia, muy breve todavía, de la República Federal de Alemania, de la vacante que hizo posible el nombramiento de canciller en favor del profesor Ludwig Erhard, economista de prestigio, artífice principal del *Wirtschaftswunder*, y a quien con frecuencia

creciente y con un sentido y una intención que raras veces deja de tener desinencias humorísticas—a veces incluso peyorativas—, se le oye llamar con frecuencia creciente el *gummilöwe*, o “león de goma”.

El gran hincapié puesto en la necesidad de un cambio que sacase a la Alemania Occidental de la situación de “inmovilismo” en que se afirmaba había caído, que hiciese posible incorporarla de lleno a un ambiente que había sufrido profundas transformaciones y que estaba todavía pasando por el proceso de las alteraciones grandes y pequeñas, se convirtió al fin en el argumento definitivo para forzar al doctor Konrad Adenauer, *Der Alte*, “el anciano”, que adquiría ya un sentido mucho más displicente que respetuoso, a ceder el paso a un jefe de Gobierno más joven, con un mayor poder de adaptación a un mundo tan radicalmente nuevo, y acabó desembocando en una situación extraña, en apariencia paradójica. Porque si el contacto con la realidad es la gran piedra de toque que permite justipreciar una teoría, el paso del profesor Erhard de una actitud de oposición relativa—había formado parte, desde el principio, de los Gobiernos presididos por el doctor Adenauer—a la que resumía y personificaba la acción política y administrativa de la nación, bastó para ponerle en contacto con situaciones capaces de arrastrarle hacia posiciones de la máxima incomodidad.

Podía haber contradicción o podía no haberla, pues con frecuencia se manejan valores y conceptos de muy dudosa, aunque aparente, analogía, pero el hecho innegable es que, desde el principio mismo, el canciller Erhard produjo la impresión de no tener prisa alguna por introducir alteraciones anchas y profundas en la dirección de la vida nacional. Con el profesor Erhard al frente del Gobierno, el hombre que había dirigido toda la política financiera y económica de la nación que en pocos años pasó de un panorama de devastación y desmantelamiento a ser uno de los centros de producción industrial más altamente desarrollados del mundo, lo suficiente para crear anchos y altos niveles de prosperidad y bienestar nacionales, para acumular en la Alemania Occidental los mayores recursos monetarios del mundo occidental, con la sola excepción de los Estados Unidos, para convertir a esta nación en la segunda potencia del mundo por el valor y la cuantía de su comercio exterior, de nuevo a continuación de los Estados Unidos y ya muy por encima de la Gran Bretaña, producía la sensación de quien titubea y vacila en el momento de llevar hasta el límite posible la teoría del *wirtschaftsmarket*, del mercado libre por completo de restricciones

y limitaciones, de lo mismo que había hecho posible, o ayudado poderosamente, en cualquier caso, ese fantástico proceso de transformación por el que pasó la República Federal de Alemania en el corto espacio de tres lustros.

Una cosa es, ciertamente, luchar a brazo partido en favor de la aproximación—la asociación a ser posible—de Inglaterra con la C. E. E., y otra cosa radicalmente distinta es el sostener, defender y hasta imponer el mantenimiento de un sistema de interferencias, restricciones, subsidios y otras cosas que dan un carácter de completa artificialidad a los precios de algunos productos agrícolas. Uno de los resultados más llamativos de esta etapa de gran desarrollo industrial es la tendencia hacia la máxima liberalización de las reglas y normas que regulan el comercio con los productos manufacturados, mientras que la exportación y el intercambio con los productos agrícolas se hallan fuertemente regulados por las condiciones de acusada artificialidad que resultan de una política de protección a la agricultura, que es una de las grandes características de estos tiempos y que es de aplicación prácticamente general. Las diferencias consisten más en el grado a que se ha llevado esta política de protección, que deja la impresión de ser ejercida con mayor empeño y devoción en los países que con más fuerte insistencia buscan reducir, y a ser posible eliminar, todas las dificultades capaces de entorpecer el desarrollo de las relaciones comerciales. Siempre que, es decir, no se trate del comercio con los productos del campo.

De esta manera, el país que se encuentra a la vanguardia, en Europa por lo menos, del movimiento en favor de la liberalización de las normas comerciales, de la reducción de los derechos aduaneros, de la adopción de las propuestas norteamericanas para implantar de una manera automática y general una rebaja uniforme y lineal del 50 por 100 de los derechos de aduanas—para los productos industriales—, insiste en mantener a niveles artificialmente altos los precios de algunos productos agrícolas básicos en sus propios mercados nacionales por razones que son de naturaleza política exclusivamente. De esta manera, el profesor Erhard no sólo ha creado—o sostenido, en cualquier caso—serias dificultades para la aplicación gradual y rápida de las estipulaciones del Tratado de Roma, sino que viene a demostrar, una vez más, que el especialista y el técnico sólo en raras ocasiones, si alguna, se encuentra en condiciones de llevar adelante una política que parezca destinada a servir de la mejor y más ancha manera posible los intereses nacionales más bien que los intereses particulares. Una cosa es la di-

rección de un ministerio, que ya de por sí representa una actividad especializada—aun cuando las consecuencias sean, por supuesto, nacionales más bien que particulares—, y otra muy distinta es la dirección del conjunto de las actividades nacionales, para lo cual la especialización en una actividad determinada, por mucha importancia que pudiese tener, es capaz de acabar convirtiéndose en una desventaja muy seria más bien que en un gran acierto.

Las consecuencias prácticas, hasta ahora, de la nueva política alemana, parecen ser desfavorables a la continuación de una obra que, con la intervención decidida de la Alemania Occidental, había alcanzado ya una fase decisiva. Cualesquiera que sean las razones que tenga el canciller Erhard para poner dificultades en el camino de una integración económica rápida de la C. E. E., la orientación que se quiere dar a la C. E. E. deja la impresión de algo que busca el renacimiento de teorías y conceptos que se creyó habían quedado superados definitivamente, primero durante las largas y penosas negociaciones que surgieron durante la preparación del Tratado de Roma, después a lo largo de las premiosas negociaciones con Inglaterra, representada por Reginald Maudling, en las que de nuevo se produjo el choque inevitable entre una asociación comercial de carácter exclusivamente industrial, con la menor organización burocrática posible, con el allanamiento de todos los obstáculos aduaneros, cuotas, restricciones, etc., y con una absoluta independencia para las relaciones con terceras potencias, y una comunidad económica cuya característica llamativa sería la total eliminación de las fronteras para las relaciones comerciales de todas clases, industriales y agrícolas por igual, de los países miembros entre sí, y la formación de una frontera económica común para la totalidad de las relaciones comerciales con terceras potencias.

* * *

No deja de ser llamativo el hecho aparente de que, hasta ahora, el cambio producido en la vida política de la Alemania Occidental, haya servido para frenar—acaso nada más que frenar—el paso rápido con que marchaban ya los Seis, los países miembros de la C. E. E., hacia la integración económica, mientras que, por otra parte, las únicas consecuencias aparentes de la “política de movimiento” hayan sido la introducción de una nota de recelo en las relaciones entre la Alemania Occidental y Francia, piezas básicas de una política europea asentada sobre los anchos cimientos que se esperaba

proporcionase la C. E. E., y el clima de agitación política que se ha creado en la propia Alemania Occidental, capaz de producir una escisión catastrófica en el gran Partido Demócrata Cristiano, que ha dominado decisivamente, y con frecuencia controlado de una manera absoluta, la vida política de la nación a lo largo de toda la postguerra.

Es un fenómeno éste que, al año casi de producirse un cambio motivado por la necesidad—se insistía mucho en ello—de sacar a la Alemania Occidental de la situación de “inmovilismo” en que había caído, la vida nacional alemana llegue a producir la impresión de que las cuestiones fundamentales no son la C. E. E. ni los “puentes” que el presidente Johnson ha pedido para facilitar y estimular el desarrollo entre el Occidente y el Oriente, sino las fronteras entre Alemania y los “territorios perdidos”, la situación legal de los sudetes (gentes de origen alemán) que no residen en la Alemania Occidental, y la mayor o menor importancia que tiene el denominarse “gaullista” en vez de “atlanticista”, o viceversa. Por estas cuestiones, por alguna de ellas en cualquier caso, se está dando ya la impresión de que lo realmente revolucionario era la política que presidía el doctor Adenauer, cuando era canciller, de participación resuelta en la C. E. E.—si la característica fundamental de la revolución es cambio, apenas se podría pensar en nada más revolucionario para Europa a lo largo de todo el período de la postguerra que la creación y desarrollo de la C. E. E.—, mientras que lo contrario, el “inmovilismo”, es lo que se hace (o lo que no se hace) en el tiempo que ha transcurrido desde la toma de posesión del canciller Erhard.

Hay algo más que indicios de que él mismo, Erhard, empieza a darse cuenta de ello al recurrir con frecuencia al argumento, la justificación, de que le falta la necesaria libertad de acción ante el hecho indiscutible de haber asumido la dirección política de la nación con el mismo juego de factores y, sobre todo, la misma mayoría parlamentaria que ya existía. ¿Qué derecho o qué autoridad tenía él para introducir, tan pronto, cambios radicales en la situación?

Pero, llevada la argumentación hasta este punto, ¿qué derecho, qué autoridad tenía para producir la sensación de que los cambios, quizá cambios de mucha importancia, acaso cambios radicales, se estén produciendo así y todo? Especialmente cuando esos cambios dejan la impresión de afectar de una manera esencial a cosas que no sólo habían sido iniciadas con anterioridad, sino que habían alcanzado ya un alto grado de desarrollo, como la C. E. E., por ejemplo. A cosas como ese Tratado francogermano, de larga

preparación y que entró de lleno en vigor en las postrimerías ya de la "era de Adenauer", otro de los hechos llamativos y quizá memorables en la historia de la postguerra y que está dando la impresión de ir siendo llevado deliberadamente hacia la orilla de eso de que se habla tanto ahora, por distintas razones, en los Estados Unidos, el *mainstream*, la corriente principal de los acontecimientos.

Se quiso, sin duda, al menos por el lado de una de las partes, dar un salto memorable hacia adelante por el camino de la entrada de una era de especial actividad en todo lo establecido por ese tratado, y para ello se desplazaron a Bonn, en los primeros días del pasado julio, el presidente de la V República francesa, el primer ministro y ocho ministros; casi parecía que el Gobierno entero había tomado la decisión original de irse a las orillas del Rin, para celebrar allí un consejo de ministros o dos.

No era esto de lo que se trataba, ni tampoco el hacer una gran ostentación de la fase de cordialidad en que habían entrado las relaciones entre dos vecinos que pocas veces, con anterioridad, se habían llevado bien. Se quería, sencillamente, llegar a algo tan concreto como la puesta en marcha con carácter definitivo de uno de los instrumentos fundamentales de lo que se quería que fuese la política europea de la postguerra. Pero si eso era lo que se buscaba, el resultado primero ha sido el fracaso.

Le Monde, de París, habla de lo que fué la principal de las reuniones celebradas en esta ocasión, a la que asistieron nueve ministros por el lado de Francia, ocho por el lado de la República Federal de Alemania—la diferencia ha sido motivada por el hecho de formar parte de la delegación francesa el primer ministro, Pompidou, que no tiene contrapartida adecuada en la Alemania Occidental, puesto que el profesor Erhard es jefe del Gobierno, además de primer ministro, aunque no es jefe del Estado, un cargo que en su país es representativo nada más, no como en Francia, donde está fundido con el de jefe del Gobierno, funciones ambas que están reunidas ahora en la personalidad del general De Gaulle—y en la que al cabo de algunas cosas que casi parecían ser de puro trámite, tomó la palabra el presidente de la V República, para una intervención que ese diario de París dice que se podría resumir en estas líneas:

"No tenemos por qué hacernos ilusiones, pues el tratado de cooperación francoalemán no ha conocido todavía los desarrollos que nosotros hubiéramos deseado. No basta con el examen diario de las mismas cosas; hace falta marchar adelante, sobre todo en el dominio militar. Se nos ha hablado

del proyecto del avión "Transall", pero arranca ya de 1960, y después de la conclusión del tratado nada es lo que se ha hecho.

"Europa no será una realidad hasta que Francia y Alemania estén verdaderamente unidas. Cualesquiera que sean nuestras intenciones y objetivos, ya no somos unos advenedizos los que hemos llegado hasta aquí. Pero nosotros creemos que esta unión corresponde perfectamente a las preocupaciones de la opinión pública y que llegará el día en que nuestros dos pueblos tengan una política exterior común. Todo podría contribuir a ello.

"Pero es un desarrollo inevitable, porque durante años y años Europa ha acrecentado su peso económico y político. Y nosotros nos hallamos más y más dispuestos a ser nosotros mismos. Por otra parte, y por vez primera en la historia, no solamente hemos renunciado a batirnos, sino que estamos de acuerdo, además, sobre el conjunto de lo que conviene hacer, bien se trate de ayudar a los países del "tercer mundo", o de estimular a los pueblos de la Europa oriental para que vuelvan al encuentro de su independencia."

Por si con esto no hubiese bastante, el hombre que se anticipó a su tiempo para hablar de lo que está pasando, de tanta importancia, entre Moscú y Pekín, advirtió en esta ocasión, a juzgar por esa misma fuente informativa, que China acaparará más y más la atención de los norteamericanos, lo que bastaría por sí sólo para estimularles más y más a buscar una inteligencia con la U. R. S. S., que ha de ser una poderosa razón adicional para que Europa se vaya preocupando de sí misma.

Y si no dejan de abundar todavía los que creen que las palabras sólo son para el momento en que se pronuncian, nada más, acaso no sea estéril del todo recordar aquí el discurso que sir Alec Douglas-Home pronunció unos días antes, en la Cámara de los Comunes, durante un debate sobre política exterior. Después de hablar del cambio que se ha producido en la actitud de la Unión Soviética, resultante del hecho de haberse dado cuenta, después de Cuba, de la total inutilidad del recurso a la fuerza militar como un medio de acción política, advirtió que los chinos todavía no habían alcanzado ese punto. "En el caso de una amenaza por parte de China—afirmó—que pudiese conducir a una guerra nuclear, nos hace falta recordar, al tomar el porvenir en consideración, que los intereses de la Unión Soviética coincidirían con los del Occidente."

Acaso valiese la pena, en el momento de hacer un balance general de la situación, no perder esto de vista. Especialmente por venir de donde viene y por existir el precedente de lo que hizo Inglaterra—y los Estados Unidos

también—en el momento en que se produjo el gran acontecimiento que, en junio de 1941, introdujo un cambio radical en el curso que hasta entonces seguía la segunda guerra mundial. Aun en el caso de que entre un acontecimiento y el otro no existiese punto posible de referencia o de coincidencia, bastaría, para dar a esto alguna significación especial, con la insinuación de que pudiera darse una situación que hiciese más fácil el marchar por caminos predestinados tal vez a conducir a un mismo punto de contacto y de colaboración.

* * *

Una cosa son las consideraciones de carácter general y otra muy distinta los ejemplos, las ilustraciones que se toman de situaciones concretas salidas de la experiencia de cada día. Una cosa es hablar del destino de Europa o de la situación que se podría crear por causa de China, y otra muy distinta el hablar de los aviones "Transall".

Desde la terminación de la segunda guerra mundial o, más concretamente, desde el comienzo de la "guerra fría", han sido muchas, infinitas casi, las ocasiones en que se ha hablado, en que se han esbozado incluso proyectos de colaboración y cooperación en una tarea que se ha presentado siempre como común. Pero siempre, invariablemente, se ha ido a parar a lo mismo: a la creación de situaciones concretas únicamente, exclusivamente en interés de una sola de las partes, que no eran, en teoría, más que piezas, de mayor o menor importancia, pero piezas al fin, de un todo. Cuando se planteó la necesidad de llegar a la "standardización" de las armas para aumentar el poder y la efectividad de las fuerzas armadas de la O. T. A. N., no se pensó en que estaba próximo el día en que aquello habría de sufrir un aplazamiento tras otro en un aspecto básico de la cuestión por la sencilla razón de no poder aceptar los Estados Unidos el fusil belga, al parecer muy superior a todo lo conocido hasta entonces, y necesitarse mucho tiempo, años y más años, y muchos recursos, para que los Estados Unidos pudiesen llegar a la producción en serie de un fusil que si tardó mucho en ser tan bueno, siempre habría de ser, después de todo, un producto de la industria norteamericana.

Es una situación que se repitió cuando, en vista de la prisa con que se quiso proceder a la creación de la *Bundeswehr*, las fuerzas armadas de la República Federal de Alemania, se sintió la necesidad de buscar el armamento adecuado, que produjese el más alto grado posible de satisfacción y se

obtuviese en las condiciones más favorables posibles. Durante algún tiempo se tuvo el convencimiento que todas las dificultades con que tropezaba la Gran Bretaña para el cumplimiento de compromisos de la importancia del mantenimiento de lo que ha pasado a la Historia como el Ejército del Rhin. la aportación inglesa a las fuerzas armadas de la O. T. A. N. con estacionamiento permanente en la Alemania Occidental, encontrarían al fin una solución razonable. Sólo faltaba ya la ratificación más bien que la negociación y firma del contrato, por cientos de millones de marcos, posiblemente al fin por miles de millones de marcos, en virtud del cual sería de fabricación inglesa el principal avión de la Fuerza Aérea alemana en estado de formación.

Pero lo que parecía un acuerdo en firme, acabó también en la nada. O, mejor dicho, acabó en la aceptación de las ofertas norteamericanas, porque los aviones, al igual que los tanques, al igual que los proyectiles dirigidos, al igual que muchas cosas más de las fuerzas armadas alemanas en estado de formación sería comprado en los Estados Unidos exclusivamente. El caso del "Transall" llegó a tener dimensiones de escándalo, sobre todo después de haberse producido lo que parecían ser decisiones parlamentarias definitivas, en favor de este avión de transporte militar proyectado y desarrollado con la atención puesta exclusivamente en cubrir bien las necesidades del Ejército de la Alemania Occidental, y en contra del "Hércules" norteamericano, mucho más grande, mucho más costoso y mucho menos adecuado para cubrir unas necesidades que podrían ser, a lo sumo, continentales, nunca transoceánicas. Pero, a juzgar por esa alusión del presidente De Gaulle, cuando son norteamericanos los intereses que están en juego, poco importa todo lo demás, con acuerdos parlamentarios o sin ellos.

Para que prevalezca, como ha sucedido hasta ahora, el interés norteamericano, es absolutamente necesario que en la Alianza Atlántica no surja ninguna fuerza, ninguna situación que sea capaz de poner en peligro la hegemonía norteamericana. Hasta ahora, y desde 1958 por lo menos, existía lo que se podía considerar como una molestia más bien que un peligro: esa insistencia del presidente De Gaulle en una responsabilidad compartida en la dirección de la O. T. A. N.

Mientras los Estados Unidos contasen no sólo con la Gran Bretaña, cuya posición histórica está al margen de los problemas de la Europa continental, sino con la Alemania Occidental, ¿qué podía importarle la actitud del presidente De Gaulle, esa tendencia tradicional suya a importunar, a molestar? Pero a medida que avanzaba la sospecha—pronto se fué tornando en

convencimiento—de que de la “guerra fría” sólo podría salir una de dos cosas: un estado de tensión capaz sólo de desembocar en una crisis económica y en una bancarrota moral, o una especie de acuerdo que, al aceptar la situación más o menos como ésta a que se ha llegado, un estado de cosas que es de un jaque perpetuo en el que, desde un punto de vista práctico, tan ventajosa—o tan desventajosa, como se prefiera—es la situación del que da jaque que del que lo recibe, ¿no se podría pensar en que llegaba el momento de desviar la atención fundamental hacia el lado de una competencia en la que el Occidente pudiera encontrar la gran ocasión de mejorar sus posiciones en forma realmente decisiva? Todo lo demás sería, en fin de cuentas, dar manotazos al viento.

Pero en el lento desarrollo de semejante perspectiva asomaron cosas a las cuales no se había prestado mucha atención o que ni siquiera se habían tenido en cuenta. Una de ellas era, por supuesto, el estado de rápido crecimiento de la C. E. E. con ideas y conceptos que no tenían nada que ver con el proyecto original, que acaso nunca hubiera pasado de ser un proyecto más a no haber sido tan constante, tan insistente el interés y hasta la presión de los Estados Unidos. Para los Estados Unidos era fundamental la formación de una comunidad económicamente integrada capaz de convertirse en un bastión fundamental de la defensa del Occidente. En cambio, ¿qué ha hecho o que está haciendo la C. E. E.? Primero, con la ayuda siempre de los Estados Unidos, echar los cimientos para la formación del mayor mercado económico del mundo, mucho mayor, sin duda, por el volumen de las operaciones, que los mismos Estados Unidos, lo que ya de por sí representaba una grave amenaza para las posiciones hegemónicas que ocupaban los Estados Unidos, en Europa y en otras partes. Segundo, echar los cimientos para el paso de la integración económica a la unificación política, con lo cual los Estados Unidos se verían en la necesidad de aceptar la colaboración de Europa, sobre una base de igualdad negociada en el mejor de los casos, jamás ya imponerla.

Más importante todavía, por presentarse como una posibilidad más inmediata, sería la realización plena de ese proyecto de integración más bien que de colaboración francogermana, que fué el último de los grandes acontecimientos de la “era de Adenauer”. Sólo con una colaboración política activa, acaso inevitable, además de irresistible, a causa del avance continuado del proceso de integración económica dentro de los Seis, se podría pensar en la formación en Europa, cualquiera que fuese el rumbo definitivo

de la C. E. E., de una potencia económica con una producción industrial superior, para empezar, a la de los Estados Unidos.

Lo que en un principio se consideró imposible del todo, por la falta exclusivamente de una base económica de indispensable anchura y solidez, la formación en la Europa occidental de una potencia nuclear independiente por entero de los dos colosos de la "guerra fría", podría convertirse, casi de la noche a la mañana, en una intranquilizadora realidad. Pero como la bomba H apenas puede ser ya, en ese estado de "equilibrio del terror" a que se ha llegado, un factor de coacción militar, sólo un elemento de presión política, ¿en qué situación se encontrarían los Estados Unidos frente a una Europa integrada económicamente, asociada por lo menos políticamente y en posesión plena de todos los elementos característicos para el ejercicio del poder supremo en la era atómica?

* * *

Una de las consecuencias del cambio que se ha producido, demasiado rápido, demasiado brusco para no dejar registrada una sensación de gran incomodidad en alguna parte, ha sido el crear un ambiente de desconcierto, incluso de confusión, en el seno de la O. T. A. N. Ante la realidad de una situación de "equilibrio del terror", en el que las dos superpotencias nucleares habían alcanzado el poder más que suficiente para el aniquilamiento y devastación total del enemigo, cualquiera que pudiera ser o donde quiera que pudiese encontrarse y en cualesquiera circunstancias en que se llegase, hipotéticamente, a una situación de guerra, el poder incluso de *overkill*, es decir, de matar y volver a matar otra vez, ¿para qué había de servir la O. T. A. N.?

De un razonamiento así salió—junto, es del todo probable más bien que posible, con un acuerdo entre el asesinado presidente Kennedy y Jrushev, sobre el que es mucho ya lo que se ha especulado—la conclusión de retirar los proyectiles balísticos de mediano radio de acción (acaso de 2.000 a 4.000 kilómetros) que habían sido instalados en Europa, los "Jupiter" en Turquía y en Italia, y los "Thor" en Inglaterra. No formaban estos proyectiles parte del sistema defensivo de la O. T. A. N., como tampoco lo formaban, o lo forman, examinadas las cosas con un sentido rigurosamente estricto, los aviones del S. A. C. ("Strategic Air Command" o "Mando Aéreo Estratégico") norteamericano, con bases en Inglaterra, España y Libia, además de los Estados Unidos, aun cuando siempre se tuvo la impresión de que todo formaba parte

de un trabado sistema de defensa organizado para mantener rigurosamente confinado dentro de sus fronteras el poder militar soviético.

La decisión de retirar esos proyectiles—ya terminada—y de proceder, es más, a la liquidación gradual y nada parsimoniosa de las bases del S. A. C. en Europa y de muchas otras bases militares, todo lo cual tiene una relación muy directa con la presencia del poder militar de los Estados Unidos en Europa, pudo ser inevitable por razones financieras. El cambio que se había producido desde la generalización del concepto que hizo pensar en que la “guerra fría” no podría considerarse ya como la etapa de preparación, larga o corta, para desembocar en la “guerra caliente”, proyectó a un plano de muy palpitante actualidad, en los Estados Unidos, el persistente—y en algunos años francamente alarmante—desnivel en la balanza de pagos. Era una situación tanto más desfavorable por existir una tendencia irresistible a considerar los gastos militares más allá de las fronteras nacionales como la causa más importante y, en realidad, única.

Todos los demás gastos, como la ayuda al exterior; todas las demás partidas desfavorables en la balanza de pagos, como la exportación de capitales para su inversión en el extranjero, apenas serían suficientes para establecer una situación de equilibrio después de tener en cuenta el fantásticamente alto—ha llegado a pasar de los 5.000 millones de dólares—balance favorable de las relaciones comerciales de los Estados Unidos y los beneficios, cada año mayores, resultantes de las voluminosas inversiones en el extranjero.

El único factor realmente inquietante, ahora que las cuestiones de carácter netamente militar parecían perder importancia con mucha rapidez, era el gasto de dólares en el extranjero, como consecuencia de esa presencia militar permanente de los Estados Unidos en Europa y otras partes, de 3.000 millones de dólares anuales, acaso mucho más.

Ante una situación nueva y con tendencia clara a evolucionar con mucha rapidez, ¿qué podían hacer los Estados Unidos? Ante todo, una revisión general del conjunto de su política exterior, la militar principalmente. De ahí la retirada de esos proyectiles, el abandono del “Skybolt”, un proyectil aire a tierra en el cual estaba comprometida la colaboración británica y en el cual se asentaba, para los próximos cinco o diez años, toda la política militar estratégica de la Gran Bretaña, y el comienzo de un programa de revisión y hasta terminación de muchas de las bases militares norteamericanas en el extranjero (y en el propio país también). Esto tuvo serias repercusio-

nes en la O. T. A. N. y afectó de una manera directa y muy acusada a las relaciones de los Estados Unidos con la República Federal de Alemania.

No podía ser de otra manera. En parte, porque los Estados Unidos ponían constantemente de relieve una tendencia irresistible a actuar sin dar la sensación de consultar con aliados y amigos con mucha frecuencia sin comunicación previa alguna de lo que se iba a hacer. Cuando los Estados Unidos empezaron a retirar tropas de la Alemania Occidental, algunas de ellas de Berlín, tropas que, es verdad, no parecían alterar en nada la situación que existía con anterioridad a 1961 y 1962, cuando amagos de crisis en Berlín dieron lugar al envío de nuevas unidades, como demostración inconfundible de la decisión norteamericana de mantener una actitud de rígida intransigencia frente a los intentos soviéticos de erosionar y debilitar posiciones tan delicadas y tan difíciles de sostener indefinidamente como las del Berlín Occidental, una sensación de alarma cundió por la Alemania Occidental. ¿Qué era aquello?

Parecía ser la demostración de que el estado de relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética había mejorado tanto y con tanta rapidez, que de hecho la "guerra fría" podría darse por terminada. Por esto, que podía ser aceptable para Francia—era precisamente lo que De Gaulle temía y presentía—e incluso para la Gran Bretaña, ¿cómo podría serlo también para la Alemania Occidental? La insistencia del general Eisenhower, ex presidente de los Estados Unidos, en que bastaba y sobraba, para hacer una demostración de la firme voluntad de los Estados Unidos de permanecer en Europa con la presencia, acaso simbólica más bien que real, de una sola división, en vez de seis, y de una gran cantidad y variedad de servicios adicionales, y más todavía después de la experiencia tan satisfactoria del célebre "puente aéreo" que en menos de tres días hizo posible el traslado de una división acorazada—los tanques habían sido transportados previamente y concentrados desde puntos distintos—desde los Estados Unidos a la Alemania Occidental y el colocarla, es más, en posición de combate: todo esto era inquietante, sin duda.

Alemania, la Alemania Occidental, posición básica de la "guerra fría", tuvo la sensación tremendamente incómoda, de que el mundo, todo el mundo que para ella no podía tener otra realidad que la originada por la "guerra fría", se disolvía a sus pies. De pronto, inesperadamente, surgió el movimiento, de un lado, en favor de la aproximación a Francia, de donde podía venir—había ya una colaboración importante por ese lado—la manera

de soslayar la prohibición total de experimentar o fabricar armas de devastación masiva, en la actualidad algo indispensable para la afirmación de las aspiraciones y las realidades de una política de poder muy desarrollada; del otro, en busca del restablecimiento de las relaciones con los Estados Unidos, expuestas en los últimos tiempos a un proceso de alarmante deterioro.

En este estado de cosas se acentuó la necesidad de un cambio en la dirección de los asuntos nacionales, justificada, por otra parte, en la edad tan avanzada del doctor Adenauer—ochenta y siete años cuando abandonó, al fin, la cancillería—y la aparición, muy pronto, de algo enteramente nuevo en el panorama político de la nación: el “gaullismo”, por un lado; el “atlantismo”, por el otro. Y, entre una cosa y la otra, la preocupación—una preocupación que no había dejado de existir nunca, en realidad, pero que había tenido principalmente un carácter más bien académico cuando no era francamente minoritario—por la reunificación.

* * *

Con un poco de buena voluntad es posible considerar la reunificación como un factor nuevo en la vida política de la República Federal de Alemania. La reunificación es tema para todos y todos producen la impresión de tener aquí un punto de total, absoluta coincidencia. Pero acaso fuese aventurado llegar a conclusiones precipitadas. Porque a poco que se piense en ello se quieren descubrir diferencias capaces de ir más allá de una simple ordenación de palabras.

Los amigos del doctor Schroeder, el ministro de Asuntos Exteriores que simboliza mejor, tal vez, que el canciller Erhard la “política del movimiento”, piensan en esta cuestión como “la reunificación a través de la *détente*, de eso que es característica llamativa de un ambiente en el que una de las grandes recomendaciones del presidente de los Estados Unidos a los alemanes es la construcción de los puentes que faciliten y fomenten el contacto entre el Occidente y el Oriente, sin pensar siquiera que al otro lado de esos puentes en proyecto se encuentra precisamente el gran objetivo de la política de reunificación, que va más allá, sin duda, de esa porción de Alemania al este del Elba, sometida aún al régimen que no parece haber echado por allí raíces dignas de mención.

El canciller Erhard lo dijo en los Estados Unidos, durante la visita que hizo al presidente Johnson menos de dos semanas antes de anunciarse la firma del tratado de amistad y ayuda entre Moscú y Pankow, cuyo texto íntegro

ha sido publicado en *POLÍTICA INTERNACIONAL*, número 73: “Yo sólo puedo repetir que nosotros no retrocederemos ante ningún sacrificio si, por medios económicos, nosotros podemos mejorar la suerte de los alemanes de la zona de ocupación soviética o progresar hacia la reunificación y la auto-determinación.”

También lo dijo el presidente Johnson, en una carta al canciller Erhard, que aspiraba, sin duda, a tranquilizar muchos espíritus que de pronto empezaron a experimentar una sensación acaso ya de angustia. “Como ya le dije aquí, es un objetivo fundamental de la política exterior norteamericana el ayudar a poner fin a la injusta división del pueblo alemán, porque, de otro modo, no habrá en Europa una estabilidad real y duradera.

“El día de la unidad alemana—añadía la carta del presidente Johnson—ha llegado, por lo tanto, a asumir una significación especial al esperar nosotros la llegada del día en que la unidad alemana se convierta en una realidad.”

Pero, ante hechos tan concretos, tan específicos, como la recomendación del presidente Johnson de que se construyan “puentes” entre el Occidente y el Oriente, y ante cosas como esa carta, todavía reciente, del secretario de Estado norteamericano al ministro de Asuntos Exteriores de la Alemania Occidental, para sugerirle el estudio de la posibilidad de mejorar las relaciones germanoyugoslavas, ¿es para que se sientan tranquilos los partidarios de la “política de movimiento” y de “la reunificación a través de la *détente*”, y mejor aún, para que dejen de estar alarmados los que insisten en la necesidad de algo más positivo, más apremiante, “la *détente* a través de la reunificación”, movimiento acaudillado por el propio Adenauer?

Hay alguna diferencia seria entre una cosa y la otra, y más todavía cuando la reunificación va camino de convertirse en la gran cuestión sin resolver de la vida en la Alemania de la postguerra. El hecho de que sea una cuestión que tiene, para empezar, ciertos elementos notorios de artificialidad, cuenta para poco.

Hace muy poco todavía, en los comienzos mismos del pasado junio, cuando el Partido Demócrata Libre celebraba su asamblea anual, en Duisburgo, el doctor Erich Mende, que aspiraba a ser reelegido como jefe y a continuar ocupando el cargo de vicescanciller del Gobierno de su país, advertía que “la reunificación de Alemania no se puede alcanzar contra la voluntad de Moscú. Tenemos que esforzarnos por mejorar nuestras relaciones con Rusia, por difícil que ella nos lo ponga algunas veces”. (Lo cual podía inter-

pretarse como la necesidad muy disminuída, en cualquier caso, de fiarse en todo y para todo de los Estados Unidos.)

No sólo hace falta, según el doctor Mende, mejorar las relaciones con Rusia, lo cual podría ser parte muy principal de un concienzudo programa de *détente*, a desarrollar ampliamente como parte esencial de una "política de movimiento", sino que convendría también hacerse a la idea de que hay dificultades muy serias y capaces de ir creciendo, antes de llegar a la reunificación.

¿Qué posibilidades prácticas tiene la política de reunificación en un mundo dominado por la prisa que acusa el presidente de los Estados Unidos por mejorar mucho y con rapidez las relaciones entre el Occidente y el Oriente y en el que el propio De Gaulle ha confirmado el carácter de permanencia de la frontera del Oder-Neisse, una posición que no es aceptable para ningún alemán que considere necesaria la reunificación no sólo de las dos Alemanias, que de una forma u otra, aceptable o no, tienen una existencia muy real en estos momentos, sino de todo lo que está dentro de las fronteras del 31 de diciembre de 1937, con sólo posibles y pequeños reajustes, en el mejor de los casos?

¿Qué posibilidades hay, en realidad, para una política de esta naturaleza, en cualquier caso sin volver antes a la situación en que se encontraba el mundo en el período de máximo desarrollo de la "guerra fría"? Ni fuera ni dentro de Alemania acaban por crear una sensación de realismo los que hablan de la reunificación como algo con posibilidades prácticas de realización en un futuro que, a la hora presente, parece más o menos asequible.

No se tiene la impresión, desde luego, de que haya asomo siquiera de preocupación sobre el tema de la reunificación por ese lado de la Alemania Occidental, donde tan extendida está una sensación de *Gemütlichkeit*, de ese amor a la comodidad, de esa disposición del carácter extraordinariamente buena, que se siente rebosar como la espuma de la cerveza—buena cerveza, ciertamente—que se consume en la Alemania Occidental en cantidades absolutamente desconocidas hasta ahora, más de 66 millones de hectolitros el año pasado, un promedio de 114 litros por cabeza, bastante para dejar en ridículo a los ingleses, también grandes consumidores de cerveza, que no alcanzaron en el mismo tiempo la modesta cifra de 15 litros.

Quando se bebe cerveza de esa manera, no se piensa mucho en grandes problemas como el de reunificación, y menos todavía cuando se tienen en cuenta cosas como la aparente facilidad con que han sido incorporados a:

la nueva—y próspera—vida de la Alemania Occidental los refugiados, los expatriados y los huídos de los “territorios perdidos” del Este y de otras partes hoy situadas más allá de un telón de acero que es ya de muy variada—a veces muy frágil—consistencia y de un “muro de la vergüenza” que es preciso reparar y reconstruir a diario, porque se va cayendo a pedazos día a día; en cosas como la presencia en la Alemania Occidental de alrededor del millón de obreros extranjeros y la necesidad de que sigan llegando más, porque en el país se cuentan por cientos de miles—alrededor del medio millón—las vacantes en puestos de trabajo que cuesta mucho cubrir y con frecuencia pasa el tiempo sin que se vean cubiertas, cuando se piensa, en fin, que los puentes sobre el Rhin que comunican las poblaciones de Alsacia con el lado alemán tienen un tráfico muy por encima de lo acostumbrado por razón, sencillamente, de los muchos franceses que van y vienen todos los días, para trabajar en Alemania, residir en Francia, porque la diferencia de jornal vale la pena, alrededor de un 25 por 100 más cuando se trata de personal especializado, de un 50 por 100 más, en ocasiones, cuando se trata de personal no especializado. Y de otras ventajas importantes, como la semana de cinco días de trabajo, que es general del lado alemán del Rhin, una excepción todavía del lado francés.

En un mundo así se comprende que apenas haya extremismos y se comprende que la reunificación sea, aparte las consideraciones de carácter político, que a veces resultan de muy difícil explicación, poco más que la manera de dar expresión a sentimientos de simpatía, pero ninguna otra cosa, en realidad. Nada, desde luego, capaz de hacer pensar otra vez en aquellas emocionantes jornadas *irredentistas*, con Gabriel D’Annunzio a la cabeza, de afirmación del derecho a la patria alemana por cualquier parte de la Europa central donde hubiese población de origen germano, que halló en Adolfo Hitler la expresión más vigorosa y avasalladora.

Ahora todo es distinto. A lo más a que se puede llegar es a la creación de cuestiones que producen la impresión de no descansar en nada más real que el temor a lo que el adversario pudiera hacer, y que acaban haciendo posibles discursos como el pronunciado por el jefe del Partido Demócrata Libre, el más claramente conservador de los tres principales partidos políticos de la República Federal de Alemania, cuando habló de la trágica realidad de la división de Alemania como algo que se halla muy distanciado ya del pensamiento sentimental y un poco iluso de hace una década. No es posible pasar por alto, dijo, el hecho de que mientras en la Alemania Oriental la

amargura y el engaño van afirmándose y extendiéndose, en la República Federal hay indicios de aburrimiento y de cansancio cuando se habla de la reunificación.

Quien habla así es un alemán que ha elegido la política por profesión, que ha alcanzado cargos de gran responsabilidad gubernamental y que no parece estar dispuesto a hundirse a sí mismo y a su propio partido mediante la adopción de actitudes políticas apasionadamente antipopulares.

“Lo que se espera de nosotros—añadió—no es la simpatía de todos los alemanes por nuestros hermanos y hermanas en la zona soviética, sino esos actos de todos los alemanes conjuntamente en los cuales sea evidente el resurgimiento hacia la libertad y la unidad de la totalidad de Alemania.”

Pero eso, ¿dónde está? Cualesquiera que sea la importancia o la significación de hechos aislados, la asistencia a congresos y asambleas de esta clase y la otra, lo más llamativo de la vida de la República Federal de Alemania en estos últimos años es la pérdida constante de importancia e interés de los movimientos extremistas, asfixiados, ahogados literalmente en un ambiente de prosperidad y bienestar, para lo que se advierte una ausencia total de precedentes, de puntos de referencia por todas partes. Un informe reciente del Ministerio del Interior de Bonn dice que entre 1954 y el final de 1963, el número de miembros de organizaciones fascistas y antisemitas ha bajado de 78.000 a 24.600. Y aun cuando observa que se ha producido, por el contrario, un aumento importante, de un 16 por 100, en la tirada de las publicaciones de la extrema derecha—la lista las hace subir a 52—, hasta alcanzar en este último año un total de 233.000 ejemplares tampoco por ese lado parecen existir verdaderos motivos de alarma. Las once publicaciones principales han visto, en todo este tiempo, subir su tirada de 115.000 a 152.000 ejemplares

Por mucho que a veces se insista en el resurgimiento vigoroso de movimientos radicalizados que recuerden los días de la Alemania del *Diktat* de Versalles, en las calles y en las plazas no se tropieza con aquellas masas de parados forzosos, millones de ellos, dispuestos siempre a formar en las filas de organizaciones que tenían ante sí, en todo momento, un estado de cosas que reclamaba reformas, una intervención enérgica del Gobierno, quizá la revolución. Ahora, ¿qué es lo que se ve? A tantos alemanes en movimiento, a tantos coches—la fábrica más importante de Europa está en la Alemania Occidental y lleva fabricados más de ocho millones de unidades, lo suficiente para que con frecuencia se produzcan en las grandes autopistas construídas en los días de Hitler atascos monumentales, a veces de 20 kilómetros de lon-

gitud, coche contra coche—que llevan a la población hacia lugares de trabajo y de recreo, de visita o de vacaciones, que no es extraño que les falte tiempo para sentir—comprender incluso—las preocupaciones de sus compatriotas de otro tiempo. Cuando el alemán medio toma el automóvil para ir a tomar una botella de la mejor cerveza a 20 ó 30 kilómetros de su residencia habitual, cuando se cuentan por millones los alemanes que salen del país todos los años para “hacer” turismo por el extranjero, cuando, en fin, son ya tantos los alemanes que se compran casas y propiedades por la Riviera italiana, por las faldas de los montes que caen sobre los lagos de Suiza, por la Costa del Sol española, ¿cómo se puede esperar que quede tiempo para pensar—y nunca, desde luego, para formar parte—en organizaciones como las que parecían surgir espontáneamente del atormentado panorama alemán de los años entre las dos grandes guerras?

El otro día—en la segunda mitad de junio—se celebró lo que se cree ha sido el último congreso confederal del Deutsche Reichpartei, o D. R. P., el Partido del Reich Alemán, con la asistencia de unos 480 delegados que decían representar a los 8.000 afiliados con que, aproximadamente, contaba este partido. El presidente de la Comisión Ejecutiva del D. R. P., Adolf von Thadden, explicó el carácter y la finalidad del congreso: tomar en consideración la necesidad de atenuar el carácter “extremista” de la organización, para lo cual sería conveniente cambiar de nombre y efectuar algunos cambios en el programa. Todo se aprobó con facilidad, por lo que el D. R. P. pasa a ser la Unión Nacional Demócrata, un partido que tiene el propósito de presentar candidatos en las próximas elecciones generales, de aquí a un año un poco largo, con la esperanza de que lo pasen mejor que los candidatos del ya desaparecido D. R. P., los que, al igual que los de otros partidos extremistas, se iban quedando sin votos, sencillamente.

La tendencia a la desaparición de los partidos extremistas, por falta total de apoyo y ambiente en las masas populares, es tan notable como la tendencia hacia una coincidencia sorprendente en las líneas generales de los programas de los grandes partidos de la nación con ancha representación en el Parlamento, en particular dos, el de los demócratas cristianos y el de los socialdemócratas.

* * *

“El tiempo trabaja contra nosotros aquí”, en la cuestión de la reunificación, declaró el doctor Erich Mende en ese discurso del que se ha he-

cho una referencia de considerable amplitud, por tratarse, sin duda, de un documento de especial valor en estos momentos en que toda la vida política de la República Federal de Alemania produce la impresión de que gira en torno a una cuestión que parece tener dimensiones inmensas, pero que, en muchos casos, acusa también artificialidad, como necesariamente ha de suceder con muchas de las manifestaciones de la vida de un país que ha alcanzado un nivel de prosperidad, de general bienestar increíblemente alto, y más todavía si se tiene en cuenta el punto de partida y lo poco que hace que se acometió la tarea de reconstruir algo de lo que había sido devastado por una guerra de espantosas, alucinantes dimensiones.

No se puede eliminar por completo la sensación de artificialidad que ofrece la cuestión de la reunificación, ni siquiera después de escuchar al profesor Erhard, al hablar como lo hizo, en Bonn, el 17 del pasado junio, cuando había pasado algún tiempo desde la firma del tratado de amistad y ayuda mutua entre Jruschev y Ulbricht, del que apenas se volvió a decir una palabra, no porque no sea nada, sino porque sólo las circunstancias de alguna situación futura pudieran decidir si acabaría teniendo importancia o si continuaría sin tenerla. "Nosotros hacemos un llamamiento—dijo—a las potencias del mundo, nosotros hacemos un llamamiento a la Unión Soviética en particular, para que se conceda, al fin, al pueblo alemán el derecho de la autodeterminación, sin la cual no se podrá establecer una paz duradera en un orden estable, ya sea en Europa o en el mundo.

"Nosotros hacemos juez a la Humanidad entera, a la que nosotros pedimos que decida en qué campo reinan el derecho y la libertad y en cuál otro la injusticia y la fuerza se oponen a las leyes de Dios."

Ese llamamiento, ¿se hacía porque la situación fuese, más que muy grave, insostenible ya, o porque se sentía la necesidad de hacer algo por desviar la atención de otras cuestiones, más urgentes, más significativas o quizá más escandalosas incluso? Se hablaba de la presión que se ejercía sobre el canciller Erhard—¿en los Estados Unidos en particular?—para que tomase el camino de Moscú y buscase, con concesiones por delante, sin duda, la manera de entenderse con Jruschev, y se hablaba también de la resistencia absoluta de los que todavía recuerdan los pobres, los miserables resultados de un viaje similar hecho por el doctor Adenauer, años atrás. Se habló, durante unos pocos días nada más y sin aparente emoción, de la anulación de los visados al grupo de ballet del teatro Bolchoi de Moscú, que a poco de llegar a Bonn se le pidió que fuese al Berlín occidental, para ac-

tuar allí, aparentemente en cumplimiento de un acuerdo previo, y al negarse a ello se le comunicó que no podían seguir adelante las exhibiciones en la Alemania Occidental. Y se habló mucho, sobre todo, del “escándalo de la *Bundeswehr*, consecuencia de los artículos publicados en una revista popular—*Quick*—sobre lo que se calificó como una situación increíble en el seno de las fuerzas armadas de la nación, como la rapidez con que se estaba creando “un Estado dentro del Estado”, sobre miles de casos—5.938 peticiones de investigación hechas sólo en 1963—de abusos, atropellos etc., de los derechos del soldado o del oficial y muchas cosas más que, al establecer contacto con ellas en forma tan inesperada como sorprendente, dejaba la impresión de que se había llegado, sin duda, a una situación realmente peligrosa.

El acusador, “inspector general civil de las fuerzas armadas”, nombrado por el Parlamento de Bonn dos años y medio antes, era el vicealmirante (retirado) Hellmuth Guido Alexander Heye, perteneciente a una familia de una larga tradición militar—su padre había sido general del Ejército—y que desde su puesto, una especie de *Ombudsman*, ese inspector general que en algunas partes tiene la misión de velar por los intereses del ciudadano frente al poder del Estado. Las acusaciones eran tremendas—“se abusa, se intimida y se atropella al soldado... mediante una combinación de brutalidad y lenguaje obsceno... Temo que el Ejército esté creciendo con las armas de hoy y el espíritu de ayer”—, pero las conclusiones a que en definitiva se llegó parecían apuntar en la inmensa mayoría de los casos a pequeñas cosas que habían sido abultadas y agigantadas en forma desmesurada y sin una relación adecuada con la realidad de la situación.

La causa fundamental del malestar, que sin duda existía en algunas partes, podía estar casi exclusivamente en la rapidez vertiginosa con que se había intentado crear unas fuerzas armadas grandes y poderosas donde no sólo no había existido nada hasta entonces, sino donde lo que había existido con anterioridad había caído en el descrédito y había quedado envuelto en el sudario tejido con los hilos de la agitación y de una propaganda devastadoramente adversa.

Al cabo de muchos años, diez años largos, sin asomo de fuerzas armadas, el 10 de noviembre de 1955 se tomó la decisión—la firmó el presidente Theodor Heuss—de comisionar al primer grupo de 90 oficiales para la formación de un ejército embrionario. Desde entonces se avanzó con tan asombrosa rapidez, que la *Bundeswehr* cuenta hoy con unos 400.000 soldados que

forman lo que ya está considerado como uno de los ejércitos más poderosos de la Europa Occidental, del que 180.000 son reclutas, 120.000 soldados comprometidos para un largo período de servicio—lo que en Francia se llama “ejército profesional”—, unos 36.000 son suboficiales y 20.000 oficiales. Se habla, con la autoridad del Ministerio de Defensa, de que hacen falta 56.000 suboficiales, y se habla, sobre todo, de una situación que es, casi exclusivamente, la consecuencia de la prisa—“importunismo” se le ha llegado a llamar—con que el mando de la O. T. A. N. ha insistido, insiste todavía, en que se acelere el proceso de formación y preparación de este ejército.

En circunstancias así, ¿qué de particular tiene que la dirección, la oficialidad, no siempre haya estado a la altura de lo que de ella se esperaba? “A través de una dirección anticuada y a menudo miserable, estamos destruyendo la confianza del soldado”, dice el vicealmirante Heye en esa serie de artículos que han dado lugar a reprimendas parlamentarias y gubernamentales, una de las razones por la cual el ministro de Defensa, Kai-Uwe von Hasel, le acusó de haber “agitado el espectro de un ejército reaccionario” y haber, en consecuencia, sido causa de un grave daño a las fuerzas armadas y a la nación. Para acabar haciéndose—la hizo este gran censor—una afirmación impresionante: “Queremos soldados que piensen.”

Eso equivaldría a volver al principio del soldado considerado como “un civil de uniforme”, a la idea que surgió y se desarrolló en la Alemania Occidental de la primera mitad de la década anterior, bajo la inspiración y la dirección, fundamentalmente, de Graf von Baudissin. Los soldados de ese ejército que se pretendía crear serían ciudadanos primero, soldados después. La disciplina, la acción, la razón misma del ser de ese ejército no se asentarían sobre el principio general y esencial de la obediencia, sino sobre el razonamiento y la comprensión. La dirección de ese ejército de “ciudadanos de uniforme” debería salir de dentro, de una conciencia altamente desarrollada, cuidadosamente formada, nunca ser impuesta desde fuera. Pero, en definitiva, ¿qué se logró? Hablar un poco más de lo habitual de un estado de cosas que si no era satisfactorio, tampoco era todo lo malo que se decía o se insinuaba. El corresponsal de *The Times* de Londres en Bonn recogió el comentario que le hizo un “observador alemán”: “No somos tan militaristas como los rusos nos acusan de ser o como los norteamericanos quieren que seamos.”

* * *

La situación de la República Federal de Alemania es complicada y a veces parece que hasta pudiera ser comprometida. La causa de ello está en ese carácter de provisionalidad que tienen todas las cosas de un país con fuerzas militares de ocupación, con poderosas fuerzas militares aliadas estacionadas en su territorio para hacer frente a un peligro que ha dejado de existir, o sería una perfecta incongruencia hablar como se habla, de la necesidad de construir “puentes” para la mejor y más rápida comunicación entre el Occidente y el Oriente, y una de cuyas consecuencias inevitables es el ejercicio de una soberanía fatalmente limitada. En el *Bayern-Kurier*, órgano de la Unión Social Cristiana—C. S. U.—, el partido dominante de Baviera, íntimamente asociado con la Democracia Cristiana del resto de la nación y en la actualidad dominado por Franz-Josef Strauss, ex ministro de Defensa y el más duro y persistente crítico dentro del gran partido gubernamental de la “política de movimiento” del canciller Erhard y su ministro de Asuntos Exteriores, se llega a proclamar el derecho de Alemania “a ser tratada por los Estados Unidos como un Estado soberano”.

Los señores Erhard y Schroeder empiezan a tener la impresión de que para los Estados Unidos tiene un interés mucho mayor el mantenimiento y la mejora constante de buenas relaciones con la Unión Soviética, que el sostener y alimentar focos de fricción por la Alemania Occidental, por Berlín sobre todo, y, en estos últimos tiempos, en torno a la reanimada cuestión de los sudetes, que ha alcanzado una especial—y quizá también, como se ha visto ya que sucede con tantas cosas, un poco artificial—virulencia. Por hacer manifestaciones de un extremismo pronunciado, el profesor Erhard se vió en la necesidad de llamar a su ministro de Transportes, doctor Hans Christoph Seeböhm, para reprimirle, en apariencia con severidad, pero no para pedir su dimisión, lo que llegó a parecer llamativo. en particular por su tendencia a implicar repetidamente al Gobierno en cosas sobre las cuales no debería él tener autoridad ni jurisdicción. Pero cuando se hacen acusaciones como las que viene haciendo, con alarmante regularidad, Hans Neuwirth, un propagandista sudete que parece disfrutar de gran predicamento en el sector de la democracia cristiana que acaudilla el señor Strauss, quien llega a hablar de “oscuros elementos de Prensa extranjeros y agentes comunistas que ahoran deciden el contenido y el método de la política exterior del Gobierno federal”, ¿cómo es posible adoptar actitudes resueltas, enérgicas, capaces de ser interpretadas como la demostración de que la política que se hace no es una política de movimiento, sólo una política de abandono?

Pero como la posición de la República Federal de Alemania es lo que es, una política de esta clase—de cualquier clase—, necesita de puntos claros de orientación e identificación por el exterior, pues es notorio que la República Federal de Alemania se siente, a pesar de todo su inmenso desarrollo, sus grandes riquezas y mucho poder, débil más bien y, sobre todo, desvalida y acaso ante la amenaza constante de quedar aislada también. La razón fundamental de esto es una sola: el fin—o el gran cambio experimentado—de la “guerra fría”. Y, por supuesto, la actitud de los Estados Unidos, para quienes las cuestiones de Alemania no parecen tener ya la importancia decisiva que tuvieron a lo largo de la última década. Berlín ya no es la posición vital entre dos mundos que lo fué en otros años, ni la *Rías* un instrumento insustituible para la propaganda y la agitación por el otro lado del “telón de acero”, ni Radio Europa Libre un instrumento casi ideal para mantener tensos y expectantes a los pueblos cautivos, de quienes nadie, en realidad, se acuerda después de lo sucedido en Hungría, en el otoño de 1956. Las cosas han cambiado y la Alemania Occidental continúa en el mismo sitio en que siempre ha estado. Esto es lo paradójico de la situación, y es también lo incomprensible para muchos y lo que explica esa decisión—a veces es casi violencia—con que carga contra el actual Gobierno de Bonn el sector llamado “gaullista” de la democracia cristiana, con el doctor Adenauer al frente, con Strauss en el más importante puesto de combate, amenazando con algo acaso más grave todavía que la escisión de ese partido que ha sido, hasta ahora, el factor decisivo en el Gobierno de la nación.

¿Por qué? Por haberse perdido la fe, por lo menos en ese sector, en los Estados Unidos. Y por tenerse el convencimiento de que, en política, siempre existe la posibilidad de encontrar por otro lado lo que se ha perdido por uno. “Francia sola no tiene una gran importancia—ha dicho el ex canciller Adenauer un día del pasado julio—. Pero el conjunto de Francia y Alemania podría formar un verdadero dique contra el avance del comunismo. Y si nosotros conseguimos reunir a otros países europeos, hasta incluir a la Gran Bretaña, el dique sería mucho más fuerte todavía.”

Por ese lado se mueven algunas cosas, quizá las cosas de mayor importancia para la Alemania Occidental, que se va acercando a unas elecciones que muy bien pudieran ser las más significativas de las celebradas hasta ahora en la postguerra. El mundo, ahora que ha concluído la “guerra fría”, dice el señor Strauss, ha vuelto al “pluralismo” tradicional en las relaciones internacionales. Se quiere decir, sin duda, que esa influencia decisiva que

ejercían hasta estos momentos, en la Alemania Occidental y en otras partes, los Estados Unidos, carece de razón de ser y, por lo tanto, no debe continuar por más tiempo.

“No todo el mundo puede tener ya las mismas tareas. Cuando uno fracasa, otro puede entrar en la brecha. Hay tareas que un país hace muy bien y otro no es capaz de hacerlas. Siempre que De Gaulle empuja hacia adelante en alguna parte, lo hace en la creencia de que el Occidente debe jugar otra carta... En Méjico no actuó contra sus aliados. Más bien llenó allí un vacío...”

Pensar así pudiera producir sorpresa y más todavía cuando se advierte que el que piensa es el ex ministro de Defensa Strauss, el hombre que ha estado recientemente en los Estados Unidos para hacer la defensa del general De Gaulle, porque su actitud hacia Europa es, dice, realista.

Lo fundamental, para el señor Strauss, es Europa. Pero no una Europa un tanto difusa, idealizada, como esa de la que se habló en las páginas del *General Anzeiger*, el órgano de la tendencia de la democracia cristiana que sigue a Erhard y a Schroeder, al comentar con entusiasmo la idea de un Parlamento europeo pedido por los socialistas, aceptado por los demócratas cristianos. “De las discusiones actuales—añadía—se puede sacar una lección afortunada.” ¿Cuál? Esta: que “ya no podemos soñar en un porvenir donde Europa esté gobernada por los demócratas cristianos desde Bonn o por el general De Gaulle desde París. La conclusión es más clara. Podemos asegurar ya que el elector futuro (de este Parlamento europeo), nunca votará, sea francés o sea alemán, contra Europa, contra la unificación, contra la unión. En Alemania votarán en favor de una Europa unida socialistas y demócratas cristianos; en Francia, gaullistas y antigauillistas. Eso es lo esencial”.

No es fácil encontrar punto alguno de coincidencia entre esta posición, excesivamente idealizada para tener algunas posibilidad práctica, por lo menos para un futuro inmediato, y la defendida por Adenauer y Strauss, la posición desde la cual se sostiene que la “pasada política dirigida hacia la integración europea ha sido demasiado abstracta. Por tales medios sólo es posible integrar hasta el punto en que los vitales problemas especiales de cada nación interfieren con la afirmación de la soberanía. Este punto ha sido alcanzado ya”.

Ante una situación así, ¿qué se puede hacer? Lo que está haciendo De Gaulle, precisamente, buscar la colaboración política entre los Estados miembros del Mercado Común que estén preparados para ello. Eso mismo es

lo que busca el tratado francogermano y lo que ha sufrido un serio tropiezo, lo que ha sido objeto de un grave desaire en ocasión de esa reunión ministerial—interministerial—celebrada en Bonn, el pasado julio.

Pero hay cosas que ganan, a la larga, con los tropiezos y las dificultades. Y al mismo tiempo que se vislumbra el desarrollo de un fuerte movimiento de desilusión en lo tocante a la influencia norteamericana en Europa, gana terreno también, en la Alemania Occidental sobre todo, la idea “gaullista” de que Inglaterra no esté decidida, ni mucho menos, a entrar en asociación resuelta con las naciones de la Europa continental. Dice Strauss que resulta “absurdo desear ligar a Inglaterra demasiado mecánicamente... al resto de Europa. Inglaterra misma no lo quiere”, puesto que su política, sus funciones “se desparraman por toda Europa”, por la Europa del Este, sin duda, tanto como por la del Oeste.

En ese caso, ¿dónde está la posición, la verdadera posición de la República Federal de Alemania? ¿En continuar yendo a Washington para recibir instrucciones y, con frecuencia, demostraciones de lo que se interpreta como una falta de comprensión, para recibir consejos sobre la necesidad de crear rápidamente fuertes relaciones con Moscú y, especialmente, con el régimen de Pankow, o para que se le diga que debe no sólo hacer concesiones en aras de una gran mejoría de las relaciones con Belgrado, sino que es el deber de la Alemania Occidental el pagar reparaciones a Yugoslavia por valor de 400 millones de marcos? ¿O, como Strauss y Adenauer quieren, en convertir la asociación—acaso se podría pensar incluso en la integración—económica, ya tan fuerte, con Francia en una asociación política también que dé sentido no menos que dirección a las cosas de Europa y eche los cimientos para el desarrollo de nuevas relaciones con la Europa oriental, en condiciones que pudieran ser mucho más favorables que hasta ahora para Europa occidental?

Partiendo de esa base fundamental, llega el señor Strauss a una conclusión que coincide fundamentalmente con la de Willy Brandt, el alcalde-gobernador de Berlín, que seguramente será el candidato socialdemócrata a la dirección del Gobierno de la República Federal de Alemania en las elecciones próximas. Y esto sí que pudiera tener importancia para un futuro inmediato, una importancia mucho mayor que los sueños idealistas del *General Anzeiger*. Especialmente porque la política intercontinental podría, por vez primera en la postguerra, hacerse en condiciones y por objetivos muy distintos a lo que había prevalecido hasta ahora. “Nosotros—advierte Strauss—

no queremos parecernos a un país que bloquease cualquier posible aflojamiento en la Europa oriental. Pero... es el interés del Occidente como un todo no envolver a la República Federal de Alemania en unos experimentos que pudiesen ser perjudiciales para los intereses alemanes legítimos. Otros deberían intentarlo en primer lugar y en lugares menos peligrosos.”

* * *

La batalla está empeñada. El resultado no es fácilmente previsible y no se llegará a él sin haber hecho frente—y vencido—a grandes resistencias, sin haber tenido que pasar por encima de tremendas dificultades. Y es que se trata, en definitiva, de tomar una decisión entre la influencia norteamericana, con posiciones decisivamente hegemónicas hasta ahora, y el creciente, todavía, poder de atracción del “gaullismo”, que por este lado simboliza—idealiza incluso—aspiraciones de independencia que han tenido siempre, en una ocasión o en otra, su hora gloriosa en la historia de todas las naciones.

JAIME MENENDEZ.



NOTAS

